



ACTUALIDAD

6

COOPERACION FRENTE A EMPOBRECIMIENTO

Stuart HOLLAND

La teoría convencional de la economía mundial guarda tanta relación con el mundo real de hoy en día como la astrología con la metafísica. Esto se debe en parte a su dependencia de modelos que conciben el comercio internacional como una actividad que tiene lugar entre diferentes empresas y países. Pero estos modelos han sido desbancados actualmente, en lo que respecta a la mayor parte del comercio mundial, por el hecho de que las mismas empresas participan en el comercio multinacional en diferentes países.

También se debe, en parte, al establecimiento del acuerdo internacional de la posguerra sobre la supremacía del dólar y la hegemonía de los Estados Unidos. Pero ese sistema se derrumbó en la década de 1970. Los modelos de integración económica que sostienen el Tratado

de Roma y la Comunidad Europea, por ejemplo, han sido superados por la internacionalización de la economía mundial a través del comercio y los pagos multinacionales, incluyendo el sistema monetario global conocido como mercado del eurodólar a la eurolibra.

***Hay una contradicción
entre la ideología de la
competencia internacional
y el modo de producción,
distribución e intercambio
multinacional.***

Internacional y multinacional

Hay una contradicción entre la ideología de la competencia internacional (dominante en destacados gobiernos e instituciones) y el modo de producción, distribución e intercambio *multinacional* que domina desde hace poco la economía mundial.

El modelo convencional de comercio internacional se ha transformado en un mundo en el que doscientas compañías multinacionales son responsables de un tercio del producto interior bruto global y dominan el comercio y los pagos internacionales. Las multinaciones controlan el 85% del comercio exterior visible de las economías estadounidense y británica, y cerca de la mitad de este comercio se produce dentro de sus propias filiales en diferentes países.

La teoría convencional del intercambio y los pagos, y los modelos ortodoxos de devaluación/depreciación o revaluación/repreciación de monedas, se ven actualmente minados por los imperativos globales de las compañías multinacionales y su necesidad de potenciar al máximo su capacidad inversora y de innovación como estrategia global de supervivencia en los mercados mundiales.

Hay, naturalmente, diferencias históricas en el modo en que se ha realizado en

cada caso la transición de la economía nacional a la multinacional. El éxito de las «maquinarias de exportación» posteriores a 1945, como las economías de Alemania Federal y de Japón, se debió en gran medida al hecho de que las potencias aliadas se apropiaron de sus activos en el exterior, lo que les obligó a modernizar sus inversiones en el interior para las exportaciones al extranjero. Después de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos y el Reino Unido, a diferencia de Alemania Federal y de Japón, no desarrollaron un sistema efectivo de capitalismo de Estado. En las décadas de 1960 y 1970, Japón disfrutó de unas elevadas e ininterrumpidas tasas de acumulación de capital en la economía y ha mantenido dicha intervención estatal a lo largo de la década de 1980. Ello ha hecho posible compensar la revaluación de su moneda mediante series sucesivas de aumento de la productividad y de disminución del coste en las inversiones para el comercio de exportación.

Esta situación tiene varias consecuencias de gran importancia para la triada formada por los Estados Unidos, Europa y Japón:

a) El proteccionismo de los EEUU en una guerra comercial contra Japón, está predestinado al fracaso *a menos que* los EEUU adopten una estrategia industrial comparable a la que ha hecho posible que el capitalismo de Estado en Japón construya una maquinaria de exportación global, o *hasta que* la inversión directa y la producción multinacional de Japón en el extranjero hayan sustituido a la producción destinada a las exportaciones que se realiza en el mismo Japón. No es ni siquiera probable que se cumpla ninguna de las dos condiciones a corto plazo.

b) Casi la mitad de las importaciones de los EE.UU. procede de filiales de empresas de los EE.UU. en el extranjero. Así, la ampliación de las medidas proteccio-

nistas más allá de la frontera penalizaría más a las multinacionales estadounidenses que a las exportaciones japonesas.

c) Una reexpedición de la ofensiva exportadora japonesa hacia Europa se encontraría, probablemente, a su vez, con medidas proteccionistas europeas. Pero, de modo similar, las importaciones europeas también son multinacionales. Sin una estrategia industrial, Europa se enfrentará con el dilema de tener que permitir la formación de más empresas mixtas con capital japonés y la inversión indirecta como alternativa a una penetración cada vez mayor de las importaciones. Pero, desde la década de 1960, la Comunidad Europea ni siquiera ha definido un tipo de estatuto industrial común, ni mucho menos formulado una política industrial común.

d) A menos que se logre una nueva relación, dentro de la triada, estará en peligro el acuerdo político posterior a 1945 entre los Estados Unidos y Japón —el tratado de paz entre los EEUU y Japón permitió, en la práctica, que éste exportara todo lo que deseara a Occidente, siempre que renunciara a desempeñar un papel militar o hegemónico en Asia—.

Precisamente por estas razones, se necesita urgentemente una nueva agenda de trabajo global que vaya más allá del marco nacido en 1945.

Bretton Woods y lo que vino después

El sistema de Bretton Woods, que fue el que siguieron las instituciones económicas internacionales de la posguerra, no era auténticamente keynesiano. Por el contrario, representaba, tras las presiones de los intereses financieros norteamericanos, un importante compromiso basado en las propuestas originales de Keynes.

El propio modelo de Keynes para la economía internacional de la posguerra estaba

***La Comunidad Europea
ni siquiera ha definido
un tipo de estatuto
industrial común,
ni muchos menos
formulado una política
industrial común.***

limitado por su comprensible incapacidad de prever la aparición del capital multinacional a una escala importante. Lo que resulta irónico es que tanto el dólar como la libra se han debilitado y devaluado porque las economías estadounidense y británica no han mantenido exportaciones competitivas en la economía mundial. Esto se debió en gran medida a la mayor prioridad concedida a la inversión en las multinacionales de los EEUU y del Reino Unido, y a la producción en ultramar, en comparación con la promoción de las exportaciones en el interior.

Ni las soluciones proteccionistas convencionales ni la devaluación pondrán remedio a este desequilibrio estructural. Las compañías multinacionales son ahora sus propias y principales competidoras en mercados extranjeros clave. Por ejemplo, no es probable que la Ford de EEUU o la Ford del Reino Unido respondan a la devaluación bajando los precios de los coches en el extranjero, cuando esto supondría vender a precios inferiores que la Ford en Europa.

La especialización en servicios tampoco salvará a los Estados Unidos y a Gran Bretaña y su papel preponderante en el mercado monetario mundial. Japón ha venido ampliando en silencio sus instituciones financieras en el mundo, y ahora tiene dos veces el poder de los Estados Unidos en el mercado mundial de seguros. Frente a los

activos de Mitsui de 35.000 millones de dólares en las finanzas de Londres, los bancos comerciales más destacados del ayer, como Warburgs, tienen activos que suponen sólo una décima parte de esa cantidad.

Además, la actual fase de recesión de la economía mundial constituye una amenaza para cualquier acuerdo internacional ordenado que siga las líneas convencionales. De aquellos países que pertenecen a la OCDE, sólo los Estados Unidos han seguido políticas de expansión en la década de 1980. El resto de la OCDE o bien ha sufrido una deflación o rechaza la expansión. En consecuencia, si una nueva administración norteamericana tuviera que reducir el déficit del presupuesto federal (o no lograra compensar la reducción de gastos militares con el aumento de los gastos civiles), más de 100.000 millones de dólares podrían sustraerse a la demanda mundial, lo que se traduciría en una importante caída del comercio mundial.

Las exportaciones de América Latina a los Estados Unidos se verían especialmente afectadas por esa deflación de la economía americana. Así, la «ganancia» que representa la reducción de los tipos de interés de los Estados Unidos en el pago de la deuda exterior sería superada por los efectos negativos en términos de pérdidas en las exportaciones. Para un país como Brasil, que ha mantenido su volumen de

exportaciones, pero que ha reducido sus importaciones en un 50% desde 1981, el resultado sería catastrófico. Las presiones por el impago de la deuda se harían virtualmente irresistibles, en el caso de que sobreviviese un gobierno democrático. A la inversa, un paquete ortodoxo de reducciones del FMI destinado a restaurar la competitividad no lograría ciertamente recuperar las pérdidas de las exportaciones y podría ser mortal para la democracia.

Estos son sólo algunos de los motivos por los que los países de América Latina tienen razón al utilizar su deuda como un instrumento potencialmente poderoso con el que exigir nuevas condiciones para la renegociación de la deuda. Los argumentos para fijar un nuevo calendario para el pago de la deuda y limitar el pago de intereses se convierten así en políticamente potentes en este contexto.

Debe señalarse aquí que, aunque no habrá un nuevo Bretton Woods debido a las brillantes ideas de economistas profesionales, sí podría haberlo como consecuencia de una guerra comercial entre los Estados Unidos, Japón y Europa, y también como consecuencia del impago de la deuda externa en América Latina.

Desafío global

Frente a la fórmula del Fondo Monetario Internacional (FMI) de deflación, devaluación y liberalización de la economía mixta, el informe *Desafío global*, preparado por la Internacional Socialista y publicado en 1985, afirma que las instituciones regionales y mundiales deben apoyar las políticas dirigidas a la recuperación del gasto y el comercio, la reestructuración de las instituciones y de las finanzas y también a la redistribución de los recursos a escala mundial.

La actual fase de recesión de la economía mundial constituye una amenaza para cualquier acuerdo internacional ordenado que siga las líneas convencionales.

El informe *Desafío global* muestra que el tan alabado «nuevo orden económico internacional» es más un intento baldío de recrear una especie de marco estructural del tipo de Bretton Woods, que ya ha fracasado, que un esfuerzo para establecer un orden económico auténticamente nuevo.

El informe muestra también que la crisis global es más un problema de deflación del gasto y del comercio que se inscribe en la política de empobrecimiento de los demás países que un problema de protección. En términos sencillos, las importaciones de un país son las exportaciones de otro, y los límites del paquete deflacionario del FMI estriban en su supuesto de que las economías individuales pueden dar la vuelta a su balanza de pagos sin contratar exportaciones de otros países. A menos que los países de la OCDE, en particular las economías europeas, emprenden un programa de recuperación mutua, la economía mundial se hundirá aún más.

Ni la caída de los precios del petróleo ni la reducción de los tipos de interés pueden garantizar por sí solas la recuperación de la economía mundial. Es necesaria una expansión mantenida de medio a largo plazo. Esto permitiría el aumento de la productividad necesario para financiar los servicios asistenciales en una época de desempleo «tecnológico» en aumento.

La reestructuración de las finanzas debe abordar la refinanciación global de la deuda siguiendo pautas similares a las que utilizan determinados países desde hace décadas para refinanciar su deuda nacional. Esta es la estrategia que subyace en el abanico de propuestas de reforma de la deuda contenidas en el informe *Desafío global*. Entre ellas figuran: cancelar la mayor parte de la deuda de los países del África subsahariana; refinanciar una parte significativa de la deuda de los restantes países en desarrollo; prorrogar los plazos de amortización de la parte restante de la

Ni la caída de los precios del petróleo ni la reducción de los tipos de interés pueden garantizar por sí solas la recuperación de la economía mundial.

deuda; fijar los tipos de interés para que los países deudores puedan planificar y hacer inventario del nivel de sus recursos nacionales e internacionales; limitar el pago de la deuda a un porcentaje fijo de las ganancias por exportaciones, lo que serviría así de incentivo para que los países acreedores expandieran sus economías y aumentasen el comercio entre ellos.

En teoría, esa reestructuración y la fijación de un nuevo calendario de la deuda internacional podría conseguirse dentro del marco de las instituciones existentes. El desenlace ideal sería que una nueva conferencia de Bretton Woods se ocupase de estas cuestiones. Necesitamos multiplicar al menos por cinco los derechos especiales de giro, o lo equivalente a un plan Baker cada cinco años. Aunque esto pueda parecer radical, no sería más que restablecer la proporción de cuotas del FMI para el comercio mundial en la época de los propios acuerdos de Bretton Woods (1944).

Desafío global también tiene razón al afirmar que la redistribución no puede concebirse simplemente como un producto marginal del crecimiento económico, sino que es una condición necesaria para un nuevo modelo de crecimiento y desarrollo. En los países desarrollados esto equivale a que la recuperación pase por los bolsillos de los peor pagados y a proporcionar empleo de nuevo a los que están actualmente en paro. En los países en desarrollo significa invertir el modelo del

Banco Mundial y el FMI, y dar prioridad al gasto en vivienda, sanidad y servicios sociales.

La redistribución también debe proporcionar a largo plazo recursos o «déficits de desarrollo» para los países a los que el FMI exige actualmente efectuar los pagos en dos o tres años. Esos déficits de desarrollo —relacionados con criterios de subdesarrollo como la renta nacional y el empleo— pueden estar justificados a escala global por su contribución a la recuperación del gasto y el comercio mutuos entre países desarrollados y en desarrollo.

Vincular la recuperación a la reestructuración y la redistribución es crucial para garantizar que el Norte y el Sur por igual puedan salir de la crisis y la pobreza. Esto es lo que diferencia el programa de la Internacional Socialista de las políticas reaccionarias de la derecha y de la tendencia de ésta a limitarse a reaccionar ante los acontecimientos.

También hay un vínculo clave entre el desarme nuclear y el desarrollo mundial. En la actualidad la deuda mundial es de un billón de dólares, acumulada durante décadas. Pero un billón de dólares es lo que el mundo gasta anualmente en armas. Una décima parte de esa cantidad, aunque se gastase en los países desarrollados del

Norte, podría aumentar el conjunto de las exportaciones del Sur entre un 4% y un 5% anual. En cinco años se incrementarían los ingresos del Sur hasta una cuarta parte; en diez años, hasta dos tercios.

Por la misma razón, la inversión del círculo vicioso de decadencia y la promoción de un programa de recuperación basado en el gasto y en el comercio podría crear hasta siete millones de puestos de trabajo de jornada completa en los países de la OCDE en el plazo de cinco años, y entre quince y veinte millones de empleos en diez años. Con la distribución del puesto de trabajo y una jornada laboral más corta (ya sea en términos de horas, semanas, años o de una vida), los países que adopten esta política podrían eliminar en la práctica el desempleo masivo en el plazo de una década.

La iniciativa de las superpotencias en la cumbre de Reikiavik y los acontecimientos posteriores han abierto la posibilidad de un auténtico desarme nuclear y una nueva cooperación Este-Oeste. La iniciativa de *Desafío global* (frente al compromiso y la subasta de la reciente cumbre de Venecia del Grupo de los Siete países industrializados occidentales) ofrece la esperanza de una auténtica década de desarrollo.